

CHILE

1970-1973

LECCIONES DE UNA EXPERIENCIA

SEPARATA

Madrid, 1977

1873 03

I

El sistema democrático chileno terminó el 11 de septiembre de 1973. Hasta esa fecha, Chile presentaba un cuadro poco usual en el escenario político de América Latina. Había sido capaz de organizar su sociedad como un estado de derecho, casi desde el inicio de su vida independiente. Con sólo dos interrupciones (de corta duración) desde 1830 presentaba un régimen ininterrumpido de práctica democrática, con una ampliación permanente de la base social y política que participaba en dicho ejercicio. Esta afirmación podrá ser motivo de discusiones en cuanto muchos cuestionan esta llamada «democracia formal» o «burguesa». Sin embargo, lo que no es discutible es el proceso continuo por el cual dicho sistema —para bien o para mal— fue incorporando nuevos sectores sociales al sistema de toma de decisiones. Muchos son los estudios e indicadores de diversa índole que así lo prueban y que no vale la pena mencionar.

El fin de dicho sistema no ocurrió en el vacío. Fue precedido de un intento que, al decir de muchos, constituía la segunda vía para llegar al socialismo. En las palabras de Salvador Allende, «Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada... Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista»¹. Además, el sistema social chileno, desde antes de la subida al poder de Allende, daba muestras de una extraordinaria tensión, producto, al parecer, de un crecimiento económico insuficiente, frente a demandas cada vez mayores de la población por participar de los frutos provenientes precisamente de dicho crecimiento. En tanto el crecimiento del producto nacional bruto permitía satisfacer las necesidades de nuevos grupos sociales, o en tanto estas demandas eran pequeñas en relación al aumento de dicho producto, el sistema podía absorber nuevos sectores de la sociedad deseosos de incorporarse a los «beneficios» de una sociedad «modernizada» o en camino de serlo. Cuando, ya sea por un crecimiento insuficiente o por una aceleración en el ritmo de incorporación de nuevos sectores o ambos factores operando simultáneamente, el sistema se pone en tensión, la crisis del Estado de derecho puede avizorarse en el horizonte.

¹ SALVADOR ALLENDE: *Primer Mensaje al Congreso Nacional* (21 de mayo de 1971).

El golpe de estado significó, por una parte, el fin violento de esta segunda vía que intentaba construir el Presidente Allende y, por la otra, la emergencia de otro estado militar-autoritario en América Latina. Estos dos hechos son el anverso y reverso de dicho golpe y han suscitado toda clase de análisis y discusiones. La bibliografía que se ha producido, sea a nivel académico, político, o de mera propaganda es enorme². Las interrogantes que estos hechos han generado son muchas. ¿El intento de implantar una sociedad socialista dentro de un régimen de democracia liberal, conduce fatalmente a la aparición de un estado autoritario que ahoga dicho intento? O en otras palabras, ¿están ellos encadenados por una relación causal, constituyendo el golpe de estado la respuesta a la «vía chilena al socialismo»?

¿En qué medida y en qué condiciones un sistema democrático, en la forma en que éste se practicó en el Chile de 1970, puede permitir una transformación tan profunda, como para que emerja una sociedad orientada hacia el socialismo? O bien, ¿es la respuesta a esta interrogante tajantemente negativa y por ende una experiencia como la chilena era no viable desde sus inicios? ¿Están, aquellos que detentan todos los resortes del poder en un Estado moderno, dispuestos a entregarlos sólo por respetar ciertas reglas del juego político existente? O bien, ¿están dichas reglas establecidas sólo para cuando el sistema en sí no se cuestione, pues de hacerlo dichas reglas dejan de funcionar y se niegan a sí mismas? Esta es sin duda una interrogante muy antigua, que en cierto modo la experiencia chilena sometió a prueba por vez primera.

A la luz de dicha experiencia, la respuesta a esta y otras interrogantes pareciera ser simple: el segundo camino al socialismo no es viable; por el contrario, la incursión en él, desemboca casi de un modo inexorable en el fin del propio sistema democrático en el cual se intentaba dicha construcción. La respuesta violenta y que, por supuesto, se aparta de las reglas del juego establecidas desde largo tiempo antes, es lo que emerge al final de esta segunda vía para llegar al socialismo. Sin embargo, este tipo de respuestas son demasiado simples, para la riqueza de situaciones que presenta una realidad como la vivida en Chile entre 1970 y 1973. Dar *a priori* dicha respuesta implica desconocer toda suerte de factores que deben entrar a explicar el análisis del trágico desenlace; y muy en especial, los que se relacionan con la conducción misma del proceso, la forma en que éste se enfrentó a los innumerables problemas coyunturales, los mecanismos que se emplearon para ir elaborando esta nueva sociedad,

² A modo de ejemplo existen ya dos intentos de recopilación bibliográfica: JIRINA RYBÁČEK-MLUNKOVÁ, *Chile under Allende: A Bibliographical Survey* (mimeo, s. f.); también, ELL WILLIAMS, *The Allende Years, A Union List of Chilean Imprints* (Boston: G. K. Hall and Co., 1976). Para un intento de ordenación y clasificación (por orientación ideológica de los autores) de las más importantes publicaciones, véase ARTURO VALENZUELA y J. SAMUEL VALENZUELA, «Visions of Chile», *Latin American Research Review*, vol. 10, núm. 3 (fall 1975), pp. 155-175.

las variables económicas que se utilizaron y el éxito de las mismas (o su fracaso) con el consiguiente impacto sobre la viabilidad misma del modelo; y todo esto, para no mencionar nada acerca de los errores (o éxitos) realizados en la conducción política tanto por el Gobierno y la Oposición en el empleo de sus respectivas fuerzas.

Si bien esta línea de análisis es tentadora para enfocar y explicar el régimen chileno actual, no se puede desconocer toda una muy influyente corriente de la literatura actual³ que tiende a señalar que la emergencia de regímenes burocráticos-autoritarios en América Latina es producto, básicamente, de las rigideces que presentan las estructuras sociales para mantener la tasa de incorporación de nuevas fuerzas que puján por tener una «tajada» mayor de los frutos del desarrollo que, se supone, está teniendo o ha tenido lugar en dichas sociedades. Llega un momento que no es posible mantener el ritmo en la incorporación a participar de los frutos; ahí se produce la quiebra del sistema: para que entren algunos deben, si no salir, al menos disminuir otros en la parte de los «frutos» a que por generaciones se ha estado acostumbrado. Este es el instante que los sectores que pueden «perder» posiciones, tienen que hacer abstracción de reglas hasta ese instante sacrosantas, y que deben recurrir a soluciones de fuerza, como una manera de conservar aquello que se teme perder y a lo cual se considera que se tiene legítimo derecho. Y este fenómeno se produce, precisamente, en aquellos países que parecen los más «adelantados» de la región; en aquellos que como producto del desarrollo económico (iniciado en muchos casos vía industrialización sustitutiva de importaciones en la década del 30) se genera un desarrollo social que se traduce en el surgimiento de clases sociales más pujantes y poderosas; un proletariado industrial más fuerte que reclama, exige y obtiene mayores beneficios. Estos pueden otorgarse, en tanto exista «espacio económico». Es pues este desarrollo el que, a la larga, generará el propio fin del sistema «democrático». Aquí surge el estado autoritario, muy diferente, por cierto, de las tradicionales dictaduras latinoamericanas del siglo XIX y comienzos del XX y que aún subsisten en algunos países tropicales (y en más de alguno meridional) de la región.

Dentro de este esquema, lo ocurrido en Chile era casi «inevitable» y, por ende, la respuesta militar, más que una consecuencia para impedir la construcción de la sociedad socialista, habría tenido lugar, cualesquiera que hubiera sido el Gobierno civil que hubiera regido a Chile. Tal vez la experiencia de la Unidad Popular aceleró el desenlace, pero éste tenía que llegar independientemente de aquélla. Y esto, porque la defectuosa estructura social chilena impedía un crecimiento económico acelerado que

³ Véase sobre el particular, entre otros, GUILLERMO O'DONNELL, *Modernización y Autoritarismo* (Buenos Aires: Editorial Paidós, 1972); y en general los trabajos del mismo autor *Fernando Enrique Cardoso* en Brasil, *Enzo Faletto* en Chile, *José Luis Reyna* en México, etc.

permitiera satisfacer a la cada vez mayor y más exigente clase obrera. Para muchos, el despertar campesino —que tiene lugar en la década del sesenta— que puede medirse por su masiva incorporación a los registros electorales para ejercer su derecho a voto independiente de la voluntad del patrón y/o por el número y actividad creciente desplegadas por los sindicatos agrícolas, es el elemento clave que colma las posibilidades del sistema social chileno de asimilar nuevos sectores.

De esta manera, dos son el tipo de interrogantes que se pueden plantear, a partir del 11 de septiembre de 1973, para explicar la aparición del régimen dictatorial chileno: la viabilidad o inviabilidad del camino chileno al socialismo (o como prefería Allende, vía política al socialismo) y la aparición de un régimen militar como respuesta a tensiones sociales producto de un desarrollo insuficiente de la sociedad chilena, que se habían venido acumulando en los últimos cuarenta años.

Estas fueron las interrogantes que estaban implícitas cuando los editores de esta publicación organizaron un seminario sobre «Chile: 1970-73: lecciones de una experiencia» y que constituye el antecedente directo de esta obra. Dicho Seminario se realizó en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Carolina del Norte, en Chapel Hill, Estados Unidos, del 27 de abril al 2 de mayo de 1975. Para ello se resolvió invitar a un grupo pequeño de «actores» de dicha experiencia, así como de «observadores» calificados de la misma. Con estas interrogantes como telón de fondo, se quería además intentar extender el análisis a otros procesos sociales que presentan cierta similitud, si bien ellos pudieran estar lejos del fenómeno chileno, sea en el tiempo o en el espacio geográfico. No todos los trabajos que aparecen en esta publicación se pudieron presentar a dicho Seminario, ni tampoco los que se presentaron, lo fueron en la forma que tienen hoy.

Para ordenar la discusión, se tuvieron a la vista cuatro grandes temas: una descripción de lo ocurrido en el período 1970-73 en Chile; las «causas» del fracaso; la caracterización del régimen militar que se implanta luego del fin violento del experimento; y por último, los efectos que estos hechos puedan tener sobre otros escenarios políticos. Al término de las casi cuarenta horas de exposiciones y debates, participantes y organizadores pensaron que podría tener alguna utilidad realizar una publicación con dichos materiales. Con este objeto, los «editores» hemos mantenido los temas originales, agrupando los dos últimos en uno solo, de manera que el libro esté dividido en tres partes⁴.

La Parte Primera (La Experiencia) contiene cinco trabajos básicos y tres comentarios. Todos buscan, esencialmente, describir lo que fue el

⁴ No parece necesario indicar que esta división se hace sólo para facilitar la presentación de los trabajos, pues es inevitable que los temas se discutan como un todo: por ejemplo, en las presentaciones que «describen» lo acaecido se deslizan comentarios que apuntan claramente a indicar las «causas» del fracaso posterior, y así en muchos otros casos.

período de la Unidad Popular. Se inicia esta sección con el trabajo de Jorge Tapia Videla, que, en un notable *tour de force* cubre y analiza los distintos aspectos del período, proponiendo, de paso, una periodización del mismo en tres fases que es particularmente alumbradora para comprender mejor el rol que cada una de las fuerzas sociales y sus canales de expresión juegan en cada una de éstas. Se analiza con detención las distintas opciones que tenían las fuerzas políticas en pugna, así como los diferentes escenarios en que dicha pugna se traba. En este sentido, aparece con nitidez cómo, a medida que se van radicalizando los contendientes, los escenarios tradicionales, propios de un estado de derecho (v. gr.: Congreso Nacional), van cediendo paso a otros, que constituyen la base misma de la sociedad convulsionada (fábricas, fondos, universidades, sindicatos, etcétera). De igual modo, las fuerzas sociales, que en épocas «normales» tienen y operan a través de sus propios mecanismos de representación (v. gr.: partidos políticos), retoman dichos poderes para sí; no aceptan tener intermediarios. En otras palabras, los choques entre las clases sociales se producen al desnudo, sin instrumentos de intermediación. Tapia Videla subraya este hecho, indicando que esto constituye el paso de un sistema político de conciliación a uno de confrontación, lo que a su juicio es la clave para entender lo sucedido.

El trabajo de Sergio Bitar, más que una descripción de los aspectos económicos del Gobierno de la Unidad Popular, es un análisis de la forma en que las variables económicas juegan en las políticas y viceversa. Plantea dos elementos cuya adecuada comprensión es crucial para que una economía pueda transitar hacia el socialismo: el primero se refiere a el ritmo y velocidad que deben tener las modificaciones en la estructura económica dado el tiempo que transcurre hasta que estos cambios generan su impacto en la esfera de las correlaciones políticas. Esto es, existe un factor tiempo que debe considerarse y escudriñarse cuidadosamente. Un cambio profundo en una estructura económica dada, madurará, en cuanto a los efectos políticos deseados, sólo después que los diversos elementos que participan en el proceso productivo se hayan adaptado a la nueva situación. Es más, puede que en el corto plazo, los efectos, producto de dicho cambio, sean diametralmente opuestos a los que se pretenden. Y es este desfase el que debe tenerse en cuenta al introducir mutaciones profundas en la estructura económica de la sociedad.

El segundo elemento que menciona Bitar, estrechamente ligado con el anterior, es el de la compatibilidad de dichos cambios estructurales con las medidas de política económica de corto plazo, aquellas destinadas a resolver problemas coyunturales. Este parece ser un problema de opción muy delicado, dado que tiene consecuencias políticas obvias. Con estos dos elementos, Bitar analiza diversos desequilibrios económicos que se produjeron, avanzando algunas hipótesis acerca de la conducta de determinadas clases sociales ante distintas medidas adoptadas por la conducción económica.

El cuadro de las relaciones internacionales de Chile durante este período es el tema que desarrolla Clodomiro Almeyda. Por desgracia, otros compromisos no hicieron posible su participación en el Seminario, de suerte que este trabajo no fue objeto de comentarios, ni Almeyda pudo participar de los debates. (Esto mismo sucedió con Pío García y David Baytelman.) Este trabajo analiza con detenimiento el «enfoque teórico que le daba sentido a la política externa de la Unidad Popular, imbricándola con su política interna en un todo armónico y coherente»⁵. Allí se explica por qué era fundamental dar preeminencia al principio de no intervención (por sobre el «internacionalismo socialista») y la forma en que la política externa se subordina a los factores internos para coadyuvar a la construcción de una sociedad que avanzara hacia el socialismo. Sin embargo, y más allá de estas consideraciones propias de la política exterior, hay, por parte del autor, claras referencias al manejo de otros sectores (en comparación con esta área) que arrojan luz sobre su particular modo de ver los «errores» que explican o ayudan a explicar el desenlace del experimento. Párrafos muy claros acerca de la conducción económica son un buen ejemplo de lo afirmado.

El trabajo de Baytelman se centra en un problema «clásico» de toda experiencia socialista: cuál debe ser la naturaleza jurídica de la propiedad de la tierra y quién su titular (Estado, cooperativa, campesino, etc.). Con una descripción detallada de la experiencia chilena, a partir de este problema —que nunca llegó a resolverse por las encontradas posiciones teóricas que se daban al interior de «las izquierdas»— el autor avanza hipótesis que explican el rendimiento débil que tuvo este sector, las caídas de la producción y que en su concepto van más allá de las que eran previsibles considerando el cambio drástico que se produjo en la estructura agraria chilena.

La lectura de esas páginas revela cómo en este caso tampoco se pudo resolver satisfactoriamente lo que en otras experiencias ha sido el «talón de Aquiles» de la construcción socialista; con el agravante, en este caso particular, que nunca se alcanzó una decisión política uniforme para este sector.

En su trabajo, Pío García traza minuciosamente el accidentado proceso histórico de la concepción y desarrollo del área de propiedad social, tan lleno de polémicas dentro de la Unidad Popular como de escaramuzas políticas entre la coalición de Gobierno y la Oposición. Claramente el autor explica cómo la Unidad Popular «al permitir la subsistencia de bases económicas importantes del poder de la burguesía monopólica, y con ello de su capacidad de manipulación de sectores medios y de perturbación de la economía»⁶ puede haber contribuido a crear condiciones propicias para el golpe militar. Pero también sugiere, con amplitud de detalles, que puede aducirse que los avances en la integración del área de

⁵ CLDOMIRO ALMEYDA, p. 7.

⁶ PÍO GARCÍA, p. 33.

propiedad social constituyeron al mismo tiempo un factor importante de impulso del «proceso revolucionario».

Los comentarios que siguen a estos cinco trabajos son una versión, revisada por sus autores, de sus observaciones frente a los trabajos presentados. Podrá notarse el tono «oral» de muchos de ellos, pues en la mayoría se introdujeron cambios sólo de estilo y/o redacción, manteniéndose de esta manera la «espontaneidad» de las reacciones.

La Parte Segunda tiene como base tres documentos. El primero, preparado por Radomiro Tomić, comienza con un «balance» de los factores a favor y en contra que tenía el Gobierno de Allende, al iniciar su gestión, luego de haber dado un vistazo y caracterizado el desarrollo chileno previo a 1970. Para Tomić las causas básicas de su fracaso estriban en no haber definido nunca el objetivo final a donde se quería llegar. Esto es, ¿conducía esta «segunda vía al socialismo» a un segundo modelo socialista, o era tan solo una táctica diferente, pero que desembocaba en el primer modelo, al modelo que hoy conocemos existe en cada uno de los países donde existe el socialismo? Para Tomić las dos respuestas a esta interrogante coexisten en el interior de la Unidad Popular y esto fue fatal. («Donde no hay visión, perece el pueblo».) A esta confusión ideológica agrega, como causa fundamental, la decisión de la coalición de Gobierno de no ampliar su base social, o, para expresarlo en sus términos políticos, el no haber realizado esfuerzos para llegar a un acuerdo político con la Democracia Cristiana; especialmente al comienzo de la gestión presidencial de Allende, cuando los sectores más «avanzados» —en opinión de Tomić— tenían el control del Partido. Sin entrar a analizar de quién puede ser la «responsabilidad que este entendimiento no se haya producido, lo que es importante subrayar es que en las discusiones del Seminario hubo un alto grado de consenso en que algún tipo de acuerdo habría contribuido a hacer más factible el éxito de la experiencia. Las discusiones que se suscitaron en torno a este punto han sido útiles para arrojar luz sobre muchos episodios del período en cuanto a las relaciones entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular.

Luis Maira durante el Seminario indicó que él prefería no hablar de causas, sino más bien de «diferentes escenarios» en los cuales se enfrentan y chocan las distintas fuerzas sociales y que en su concepto son cinco: institucional, dirección política, económico, militar e internacional. Estos escenarios no son compartimientos estancos, sino que están imbricados entre sí, influyéndose recíprocamente los unos a los otros. Ninguno de ellos podría explicar por sí solo el resultado final, pero la forma en que éstos se concatenan, explica el resultado que conduce al 11 de septiembre. En el trabajo que aquí se presenta, Maira centra su análisis exclusivamente en el primer escenario, estudiando la forma en que la oposición fue erosionando el poder de la institución presidencial. Lo medular de su presentación estriba en subrayar dos hechos: a) la incapacidad de la izquierda para darse cuenta que su proyecto político presuponía una continui-

dad institucional, en circunstancias que «tales reglas del juego sólo tenían sentido en condiciones de relativa normalidad y que fácilmente podían ser trabadas apenas se cuestionara en forma eficaz el orden establecido»⁷; b) que la viabilidad de dicho esquema, dentro del cuadro político chileno, sólo podía implementarse en un esquema tripolar de fuerzas, en tanto la izquierda no constituyera mayoría absoluta. La tripolaridad existió durante la campaña presidencial, pero a escasos meses de la investidura de Allende, la derecha política maniobraba aceleradamente para llegar a un mundo bipolar: «democracia o marxismo».

Establecidos estos hechos, que constituyen las «piedras institucionales» que dificultan la vía chilena al socialismo, Maira inicia una descripción detallada de la forma en que los otros poderes del Estado fueron desvirtuando el carácter presidencialista de la Constitución de Chile que culmina con la declaración de ilegitimidad de algunos actos de Poder Ejecutivo, que realiza la Cámara de Diputados el 22 de agosto de 1973. (Nótese que no se declaró la ilegitimidad del Gobierno, sino tan sólo de algunos actos, sutileza jurídica que no tuvo mayor importancia, dentro del cúmulo de acontecimientos que se desarrollan a partir de dicha declaración.) Con esta declaración, la oposición daba término a la constitución del escenario institucional requerido para el golpe militar.

Muchos de los errores políticos de la Unidad Popular están expuestos en el trabajo de Zemelman, cuando comienza preguntándose «si la vía chilena hacia el socialismo constituyó una decisión estratégica o una imposición coyuntural». Luego entra a explicar las dificultades que implica pasar de las trincheras de la oposición a las responsabilidades de Gobierno, no tanto en cuanto al conocimiento que se tenga del aparato del Estado y de la maquinaria administrativa, sino, además, de la necesidad de tener respuestas mucho más precisas a los problemas de la transición. Y aquí, en la búsqueda de dichas respuestas, aparecen problemas ideológicos que no estaban aclarados previamente y que ahora había que resolver. Retoma, desde otro ángulo, el problema de las relaciones con la Democracia Cristiana, de las «capas medias» y de la propia organicidad (muy escasa) que presenta la Unidad Popular. Este último es un punto que aparece reiteradamente y condujo, en definitiva, a que el apoyo popular al Gobierno «fue- ra atomizado en zonas de influencia que, junto con expresar el control político de dicha masa, impedía que al transformarse en una fuerza activa desbordara las mismas estructuras partidarias. La mayoría electoral exigía para ser una fuerza real de una organización política; más aún, el requisito de la mayoría se cumple solamente cuando se presenta en una organización»⁸. Esta carencia de una conducción orgánica única fue, para muchos, una causa determinante en el resultado.

Los comentarios de Silva Solar y Tomić ayudan a entender mejor el camino difícil y pedregoso que siempre hubo que recorrer, toda vez

⁷ LUIS MAIRA.

⁸ ZEMELMAN, p. 17.

que se quiso por el Gobierno dialogar con la Democracia Cristiana. Puede ser una visión muy unilateral la que presenta Tapia Valdés en un caso concreto del por qué del fracaso de dichas gestiones, pero lo delicado del tema explica lo difícil de la negociación. Es muy distinto alcanzar acuerdos dentro de un sistema político y económico determinado, de aquellos otros que buscan, aunque sea parcialmente, modificar precisamente dicho sistema. Allí, un error de apreciación, puede ser para aquellos que no desean un cambio tan radical alcanzar un punto de no retorno. Y esto es siempre lo que está presente en estas conversaciones: ¿qué seguridades existen que una vez que se logre el acuerdo éste no significará el fin del sistema que permite a las distintas fuerzas el diálogo?

La discusión que siguió a las presentaciones anteriores (no incluida en este volumen) subrayó algunos de los puntos ya mencionados. La responsabilidad de la ruptura entre el Gobierno y la Democracia Cristiana —como ya se indicó— consumió parte importante del debate. A la vez, algunos participantes colocaron en el tapete nuevos temas para explorar: v. gr., el grado de especificidad del «caso chileno», la falta de preparación técnica —a diferencia de 1964— con que la victoria electoral sorprendió a la izquierda, la falta de conocimiento real sobre la actitud y postura de los militares, etc.

La Parte Tercera ha sido un intento de analizar las repercusiones de lo acaecido en Chile en otras latitudes (Schmitter y Sterns), especialmente en la Europa «latina»; otros modelos que hoy parecen servir de «guía» a la Junta Militar chilena como Brasil (Soares), ciertas características de los estados autoritarios que están emergiendo (Bulé en su trabajo y Nun y Vera en sus comentarios) y, por último, una visión al pasado mirando a la República Española (Landsberger-Linz) en que sorprende la similitud de problemas y formas de solucionarlos que se dan en esta comparación.

II

Al observar el resultado de esta empresa, muchos vacíos aparecen para los editores. Seguramente el lector encontrará otros más. La distancia que media entre los propósitos iniciales y el producto final a veces es muy grande. Tememos que este sea el caso. Tratemos de precisar algunos de estos vacíos.

El primero y más nítido lo constituye la carencia de un análisis sistemático sobre los militares, sea referido a los chilenos en particular o a los latinoamericanos en general. Si bien respecto de estos últimos la literatura reciente es bastante abundante⁹ (especialmente cuando se la compara con lo producido antes de 1960) respecto de Chile es muy escasa.

⁹ Véase la reseña de esta literatura que hace ABRAHAM F. LOWENTHAL, «Armies and Politics in Latin America», *World Politics*, 27, n. 1 (October 1974): 107-30.

Pareciera que su larga fama de ser militares «profesionales y no deliberantes» hizo que los cientistas sociales consideraran poco interesante dedicarles algún estudio en profundidad. De esta manera, salvo el trabajo de Joxe¹⁰, alguna tesis doctoral¹¹ y un estudio de las motivaciones de la participación militar en 1925¹², todo lo cual no arroja mucha luz sobre el fenómeno actual, no hay nada más. Es cierto que surgirán ahora muchas páginas al respecto. Nuestro interés fue haber podido iniciar esta discusión —que será larga y apasionante— con algún trabajo original. No nos fue posible encontrar a alguien con el tiempo y/o la competencia para hacerlo. Alguien que nos hubiera ayudado a responder preguntas tan elementales como el por qué están surgiendo este tipo de regímenes —muy similares en cuanto a sus características básicas— en América Latina; por qué estas fuerzas armadas que —para definirlas en términos negativos— no forman parte de los sectores oligárquicos o de más altos ingresos, adoptan, una vez en el poder, políticas al servicio de esas minorías; o, la otra cara de la medalla, cómo hacen esas oligarquías para «vender» sus visiones y valores, como depositarios y únicos defensores del mundo «occidental y cristiano», que en el fondo sólo envuelven una burda y poco sofisticada defensa de sus privilegios. Responder a estas interrogantes diciendo que los «ejércitos son el brazo armado de la burguesía» parece casi un *slogan*. La respuesta es más profunda. Cuando se la encuentre se habrá avanzado mucho en la comprensión de este fenómeno y en la cual figurará, seguramente, como elemento si no importante, al menos digno de considerar, el entrenamiento que estas fuerzas armadas reciben en los Estados Unidos. (Lo notable es que una cantidad muy importante de valores de la sociedad norteamericana, v. gr., respecto a los derechos humanos, libertades básicas, sistema electoral, etc., parecen no ser «transmitidos» con la misma eficacia que otros, v. gr., bondades del sistema capitalista y de «libre empresa».) Decir por otra parte que en muchos casos se trata de «golpes militares de la clase media»¹³ parece a estas alturas y conocidas las políticas aplicadas, casi como crónicas del pasado. Hoy esa sería una tesis muy difícil de defender.

Además, en este análisis de lo militar, habría que haber estudiado la racionalidad de la política concreta que aplicó la Unidad Popular en sus

¹⁰ ALAIN JOXE, *Las fuerzas armadas en el sistema político chileno* (Santiago: Editorial Universitaria, 1970).

¹¹ ROY A. HANSEN, *Military Culture and Organizational Decline: A Study of the Chilean Army*. Unpublished Ph. D. dissertation (University of California, Los Angeles, 1967).

¹² FREDERICK M. NUNN, *Chilean Politics, 1920-1931: The Honorable Mission of the Armed Forces* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1970); Más recientemente este mismo autor ha publicado *The Military in Chilean History: Essay on Civil-Military Relations, 1810-1973* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1976).

¹³ Es la tesis que avanza Joxe y que fuera primero formulada por José Nun estudiados los Golpes del 20 y del 30 en Argentina, Brasil, Chile, etc. Ver JOSÉ NUN, «The Middle-Class Military Coup», en Claudio Véliz, ed., *The Politics of Conformity in Latin America* (Oxford: Oxford University Press, 1967).

relaciones con las fuerzas armadas. Por excepción, y casi al pasar, aborda este tema Luis Maira, pese a que él lo considera como uno de los cinco escenarios que explican el resultado del 11 de septiembre. Sin embargo, los conocimientos que existen son muy insuficientes. Es, pues, éste un vacío notorio.

El otro protagonista ausente, que asoma fugazmente, es la Agencia Central de Inteligencia. La historia del rol que en definitiva jugó en la tragedia chilena es algo que aún está inconcluso. Dos importantes estudios del Senado de los Estados Unidos aparecieron con posterioridad a la celebración del Seminario¹⁴. En abril de 1975 sólo se sabía lo publicado en periódicos y el reconocimiento claro por parte del Presidente Ford en su famosa conferencia de prensa del 16 de septiembre de 1974 que se había intervenido para «ayudar y asistir el mantenimiento de periódicos, radios y televisión de oposición y para preservar partidos políticos opositores», todo lo cual se había hecho en nombre de «los mejores intereses del pueblo de Chile y, ciertamente, en nuestro mejor interés»¹⁵. Sin entrar a calificar la moralidad que significa este tipo de afirmaciones, parece claro que para los dirigentes del Gobierno de la Unidad Popular este tipo de actos no entrañaban sorpresa. Como indicó uno de ellos, presente en el Seminario, «era algo con lo cual se debía contar en cualquier análisis». Determinar el grado de importancia que esto tuvo en el resultado final, supuesto que algún día se conozcan las verdaderas dimensiones de la intervención, será tarea muy difícil. Sin embargo, vale la pena destacar que nadie en la reunión le otorgó una importancia mayor que la que realmente tuvo: ayudó a producir un resultado, pero no fue determinante. Lo determinante fueron un conjunto de factores entre los cuales se destacan los internos. Todo lo cual, por supuesto, no disminuye en absoluto la gravedad de la intervención, ni las implicaciones que este hecho tendrá para el futuro, sea dentro de Chile, donde han caído tantas imágenes que se preciaban a sí mismas de inmaculadas, o en un plano más general, para el futuro de sus relaciones con Estados Unidos.

Dentro de la línea recién indicada, el tema que aparece ausente o bien tocado tangencialmente es el del imperialismo, o, para fijar temas más concretos, el del «bloqueo invisible» por Estados Unidos. Se mencionó, sí, el impacto de la «doctrina Allende» en el plano de las relaciones con Estados Unidos. Pero esto se hizo más bien como uno de los elementos que estaban determinados por la política interna de la Unidad Popular que dentro del contexto de las relaciones con Estados Unidos. Este hecho no fue una omisión inadvertida: en cierto modo ello fue producto del con-

¹⁴ U. S. Senate, 94th Congress, 1st session, Report N. 94-465, *Alleged Assassination Plots Involving Foreign Leaders: An Interim Report of the Select Committee to Study Government Operations with Respect to Intelligence Activities* (Washington: U. S. Government Printing Office, 1975); U. S. Senate 94th Congress, 1st session, *Covert Action in Chile 1963-1973: Staff Report of the Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities* (Washington: U. S. Government Printing Office, 1975).

¹⁵ *New York Times*, septiembre 17 de 1974.

vencimiento que si bien el bloqueo y otros actos similares existieron, y sirven para explicar muchos de los problemas que se afrontaron (especialmente en el campo económico con el estrangulamiento del comercio exterior) no tuvieron el carácter decisivo que algunos quieren otorgarle. Lo que, al igual que en el caso de la CIA, no autoriza a pensar que no se debe mencionar o, como algunos han sostenido, que no existieron. Parecía más importante dedicar el Seminario a un análisis de los problemas cuya solución estaba dentro de la esfera de sus actores. Analizar las trabas que afrontará toda sociedad que desee transitar hacia el socialismo. Una de las trabas será el bloqueo invisible (o visible, como en Cuba). Este será un dato a considerar. Dedicar espacio y tiempo a cuantificar la importancia del bloqueo podía ser algo menos premioso que cualquiera de los otros temas que se abordaron. A lo sumo, la discusión podría haber girado en torno a la manera de afrontar ese tipo de desafíos, lo que sería de mayor utilidad.

Otro tema que no aparece con claridad es el de la «especificidad» de la experiencia chilena. El libro todo supone un conocimiento bastante extenso acerca de Chile por parte del lector. Partiendo de esta premisa, no se indica qué es lo peculiar que presenta la situación chilena en sus múltiples facetas. Hasta 1970 hay toda una experiencia acumulada, una evolución institucional sólida y madura, un desarrollo social avanzado comparado con el resto de la región, organizaciones obreras poderosas y con una orientación ideológica clara, partidos políticos de antigua data y firmemente establecidos en el escenario político (nos referimos a los principales partidos) con demarcaciones doctrinarias muy nítidas. Estos, y muchos otros elementos que sería largo enumerar, hablan de lo distinto que era Chile, particularidades que se suponen conocidas y que explican muchos de los problemas que se abordan en el correr de estas páginas. Así, por ejemplo, cuando se discurre latamente acerca de la incapacidad de la izquierda para darse una organización política única, que homogeneizara las distintas corrientes, se hace una afirmación casi de Perogrullo. Hay que conocer la historia de cada uno de los partidos para comprender cuán difícil era pasar de la teoría a la práctica, dado que ésta era una afirmación que nadie discutía, en el seno de la Unidad Popular, en cuanto a su conveniencia y urgencia.

Vinculado a lo anterior se encuentra la personalidad y la figura de Salvador Allende, que agrega un elemento importante a la especificidad del caso chileno. Aquí también existe un vacío en tanto nadie analizó el rol que en el proceso chileno desempeñó la personalidad de su líder. Es cierto que una de las características fue la importancia que en la combinación de Gobierno tuvieron los partidos (tal vez demasiada) y no los hombres encargados de aplicar y concretar dichas políticas. Sin embargo, es muy claro que la persona de Allende juega un rol clave dentro de la izquierda chilena. Esto, fundamentalmente, por su perseverancia en plantear un esquema de Unidad Popular (que antes se llamó Frente de

Acción Popular)¹⁶ que, aglutinando a los sectores de la izquierda chilena, utilizara los mecanismos institucionales que existían en Chile para alcanzar el gobierno. Este planteamiento es una constante en Allende, muchas veces en contra de la posición de su partido y de otros grupos políticos que estimaban no viable la vía institucional para alcanzar el Gobierno. No se trata de hacer una historia de las posiciones políticas al respecto, pero fueron muy numerosas las ocasiones en que Allende se encontró derrotado en cuanto a la línea política que su partido había de seguir; en varios Congresos del Socialismo la posición de Allende fue derrotada. Por ello se podría decir que la Unidad Popular es, en gran medida, producto de su voluntad, si bien todos sabemos que no se pueden explicar los procesos sociales en función exclusiva de los hombres que intervienen. Es evidente que en la constitución de la Unidad Popular, como expresión política de los trabajadores chilenos, hay mucho más que la voluntad de un hombre, pero tampoco se puede negar el rol que ese hombre tuvo en su gestación. Lo que permanece en la penumbra es el por qué ese hombre, una vez Presidente, tuvo tantas dificultades para poder transformar esa combinación política apta para conducir al triunfo electoral, en una maquinaria de Gobierno capaz de homogeneizar las decisiones políticas. Al parecer su excesivo respeto a la voluntad de los partidos que la integraban hicieron infructuosos todos sus esfuerzos en este sentido. Se podría continuar avanzando hipótesis en torno al rol que en el caso chileno tiene la presencia de Salvador Allende. Bástenos señalar que este es otro de los elementos que quedarán sin explorar.

Conscientes los organizadores del Seminario que el «caso chileno» era bastante específico, se resolvió, no obstante, analizar su impacto en otras latitudes y ámbitos. Se debe reconocer que fue difícil hacerlo y los resultados que se lograron en este sentido han sido parcialmente satisfactorios. Los trabajos que sobre esto se presentan dirigen su atención a estudiar la forma en que Europa vio la experiencia chilena, más que a observar la forma en que esta experiencia influye en el desarrollo del proceso político de ciertos países. ¿En qué medida, por ejemplo, las nuevas posiciones del Partido Comunista italiano y francés, puedan estar si no influidas, al menos coloreadas, por Chile? Tanto se ha hablado que el fracaso chileno fue en gran parte el producto de una derrota política (más que militar) al perder el apoyo de los «sectores o capas medias» que podrían, a lo mejor, interpretarse estas nuevas posiciones en Europa, precisamente como encaminadas a preservar determinados valores que son especialmente caros a dichos sectores. ¿Es efectivo que la posición del Partido Socialista de Portugal cada vez que hace un viraje más hacia el centro (en direc-

¹⁶ En 1952, Allende fue candidato a la Presidencia como abanderado del Frente del Pueblo, combinación que incluía al Partido Comunista y a una fracción Socialista. En 1958 y 1964, la candidatura de Allende era la expresión del Frente de Acción Popular (FRAP) que aglutinaba al P. C. y al Partido Socialista (que se había unificado en 1956) y otros grupos menores. La Unidad Popular agrega a los ya mencionados al Partido Radical y sectores de orientación cristiana (MAPU), que se habían escindido en 1969 de la Democracia Cristiana.

ción a la derecha, por supuesto) tiene como telón de fondo al cuadro chileno? Mario Soares, al menos, lo cita constantemente, en especial para recalcar la necesidad de un mayor orden en las esferas de la producción. De ahí que un análisis como el descrito podía haber sido de utilidad.

Por último, dentro de la enumeración de lo que este libro no es, hay que señalar que no es una evaluación de la experiencia chilena. O sea, nunca se intentó pasar revista a los logros y deficiencias que como gestión de Gobierno representan los tres años de Unidad Popular en Chile. Aquí no hay cifras del sector económico, de producción, de crecimiento del Producto Interno Bruto, de distribución del ingreso, de empleo, de balanza de pagos, etc., salvo cuando se indican para ejemplificar una afirmación. Tampoco se analiza lo ocurrido en educación, salud, servicios básicos, etc. De una parte es muy reciente el fenómeno para pretender hacer dicha evaluación y comparar con otros Gobiernos anteriores y por la otra, la utilización distorsionada de cifras por las actuales autoridades hace muy difícil una tarea en esa dirección. El libro y sus diferentes trabajos buscan desentrañar algo que parecía más trascendente, cual era la factibilidad de la experiencia toda, en lugar de «medir» su éxito o fracaso por los indicadores «tradicionales». Esto último es más adecuado para experiencias de Gobierno que tienen lugar dentro de un sistema determinado; aquí, cuando el desafío era transformar dicho sistema, lo trascendente era «medir» si el camino elegido para ello era el adecuado y si dicha experiencia sirve para otras sociedades. Esto es lo que se ha intentado hacer.

Tal vez sea importante agregar un par de comentarios finales. Las visiones que aquí se presentan de lo acaecido en Chile corresponden a un amplio espectro de la sociedad chilena y a diversas posiciones ideológicas y políticas. Sin embargo, para cualquier lector familiarizado con Chile, fácil le será darse cuenta que otras visiones están ausentes. Los organizadores fuimos conscientes de este hecho desde un comienzo. Pero la posibilidad de un intercambio de ideas era sólo posible dentro de un cierto segmento del arco iris ideológico. Muy a pesar nuestro, llegamos a la conclusión que si se pretendía abarcar todo el arco iris, las posibilidades de diálogo se hacían remotas. Los sectores que predicaron la defensa de una institucionalidad durante los tres años del Gobierno de Unidad Popular y que hoy hacen escarnio de ella, demostrando que no creían en las propias reglas del juego por ellos establecidas y que decían defender, difícilmente pueden ser «invitados» a participar en una conversación sobre la experiencia chilena. El diálogo con esos sectores de la sociedad chilena se ha perdido quizás para siempre. Cabe la esperanza de que tal vez otras generaciones podrán renovarlo. Por otra parte, debemos también admitir que, si bien la visión de lo que se conoce generalmente como la izquierda revolucionaria se encuentra en ocasiones reflejada en varios de los trabajos presentados, es difícil considerar a algunos de los participantes como pertenecientes a dicha corriente del pensamiento. Es preciso también reconocer que lo ocurrido necesariamente despierta muchas pasiones y que,

por lo tanto, resulta difícil mantener la calma y la objetividad académicas necesarias para el análisis. No creemos pecar de excesivo optimismo si confiamos haberlo logrado en alguna medida.

Como ocurre siempre en esta clase de Seminarios, varios de los participantes originalmente «programados» no pudieron, a último momento, tomar parte del mismo. Puede ser importante consignar al ya mencionado Clodomiro Almeyda, Pío García, Gabriel Valdés, Joseph Grunwald, y algunos «actores» y cientistas sociales que viven en Chile, para los cuales participar era exponerse a represalias de la Junta Militar. Algunos de ellos enviaron un valioso aporte intelectual con varios trabajos, los que, con la excepción del de P. Bulé, no pudieron publicarse por razones de espacio.

Para terminar, digamos que la tranquilidad de Chapel Hill y la privacidad de las discusiones, permitió tener una semana muy rica en lo que a intercambio de ideas se refiere, que los editores hemos sido incapaces de captar en toda su dimensión para volcarlas en este libro. Agreguemos solamente, que durante dicha semana se revivió el Chile del pasado, con una discusión abierta y franca, ese Chile que hoy está muerto.

Sabemos que cuando vuelva a nacer mañana tendrá que ser un Chile distinto; esperemos, sí, que los valores permanentes que lo hicieron una pequeña nación, civilizada, abierta y amante de la libertad resurjan junto con el Chile nuevo.

FEDERICO G. GIL
RICARDO LAGOS E.
HENRY A. LANDSBERGER

Mayo 1976.